

RETRATO DE UN AMIGO

Carlos Diego MARTÍNEZ CINCA

La tradición de otorgar el máximo título *académico* que un hombre o mujer pueda alcanzar en este mundo es muy antigua. Se puede decir que es una de las últimas tradiciones sobrevivientes de un mundo en el que la Iglesia, la milicia y la Corona constituían, junto a la universidad, los pilares fundamentales de ese orden social ya desaparecido que identificamos con el nombre de *cristiandad*. En la mayoría de las actuales universidades españolas, esmeradas en conservar el boato de las tradiciones a pesar de los procesos de integración que parecen haber debilitado parcialmente algunos valores esenciales de la vida universitaria, como la excelencia y la autonomía, es curioso observar, todavía hoy, la imitación de los rituales medievales que a fines del siglo XV asimilaban la concesión del doctorado *honoris causa* a la ordenación episcopal. Así, por ejemplo, el protocolo general de una joven universidad, como la Politécnica de Valencia, fundada en 1968, establece la entrega ceremoniosa del birrete, el anillo, los guantes blancos y el libro de la sabiduría al homenajeado como ha sido costumbre en Salamanca desde un decreto real de 1462.

Doctor honoris causa significa, literalmente, “el que es sabio, maestro, a causa de su honor”. Tradicionalmente el doctorado *honoris causa* ha sido entregado a figuras eminentes del saber, aun a quienes sin contar, en algunos casos, con un título universitario, han contribuido notablemente al desarrollo de las ciencias, de las artes y de las letras con su labor intelectual o artística. Tal fue el caso, entre nosotros, de Jorge Luis Borges, a quien la Universidad Nacional de Cuyo honró con semejante distinción, en una época en que aún se comprendía bien la naturaleza y el sentido del honor.

Es costumbre en los ceremoniales del doctorado *honoris causa* realizar una *laudatio* ecuaníme del homenajeado a fin de mostrar a la comunidad académica los méritos que constituyen título suficiente para el honor que se le pretende tributar. En esa dirección, creo que bastaría señalar escuetamente que durante los 35 años en que el doctor Massini Correas se desempeñó como secretario académico de nuestra casa de estudios publicó más de

25 libros, más de 120 artículos científicos y más de 90 notas y comentarios bibliográficos en revistas especializadas de Argentina, México, Chile, Brasil, Francia, Alemania, Portugal, Italia y España. En siete lustros de incansable labor ha sido profesor invitado de numerosas universidades nacionales y extranjeras, tanto de América como de Europa. Nos enorgullece saber que en cada uno de esos libros y artículos, en cada estadía de investigación y en cada curso de posgrado dictado en el Antiguo y en el Nuevo Mundo, la Universidad de Mendoza fue reconocida y honrada gracias al prestigio intelectual de su secretario académico. Ahora que el doctor Massini ha solicitado su retiro, será difícil alumbrar una figura que pueda mantener tan alto nuestro prestigio intelectual en el mundo como él supo hacerlo.

Sin embargo, no es una cuestión de números ni cantidades de publicaciones, cursos o conferencias lo que constituye la esencia del tributo que hoy venimos a prestar. La cuestión es, ante todo, una cuestión de honor.

El honor es un bien que conduce a un hombre o a una mujer al cumplimiento de sus deberes, al respeto por sus semejantes y por sí mismo. Honor es la reputación y el premio que sigue a la virtud, el premio a las acciones nobles de un hombre o mujer que trascienden su propia persona y las instituciones que lo cobijan para perdurar en el tiempo. Aristóteles sostiene, en un conocido pasaje de la *Ética a Nicómaco*, que el honor es el más excelso de los bienes exteriores a los que un ser humano puede aspirar, el bien que asignamos a los dioses y con el que premiamos las acciones más gloriosas de los hombres. Pero también señala que existe sólo un tipo humano que busca el honor con toda propiedad y que se hace merecedor de él con entera justicia: es el tipo humano que con notable precisión identifica y describe como el *megalópsychos*, “el de espíritu grande”, “el magnánimo”.¹

En un tiempo como el que nos toca vivir, en el que el honor se ha banalizado de manera sorprendente, quizá convenga preguntarnos quién es realmente un *megalópsychos*, un hombre digno de honor, y en nuestro caso, de un honor especial: el título de sabio y maestro, doctor *honoris causa*.

Megalópsychos, magnánimo, es el hombre que aspira a grandes cosas, nos dice Aristóteles, pero con una particularidad: es un hombre *digno* de las grandes empresas, pues quien tiene grandes aspiraciones pero no es digno de ellas es un insensato, como se deja ver cada vez que fracasa en una gestión para la que no tiene talento. Si para colmo de males el insensato se cree digno de tales empresas resulta además vanidoso, como explica el filósofo.

Si magnánimo es quien aspira a grandes cosas, siendo digno de ellas, en una cosa, más que en ninguna otra, se mostrará su magnanimidad: en

¹ Aristóteles, *Ética a Nicómaco* IV, 3 1123^b 15-20.

que será el mejor de todos, pues el que es mejor que otros, dice Aristóteles, siempre es digno de las cosas mayores, y el mejor de todos es digno de las cosas más grandes.

¿Pero cuáles son las cosas más grandes? Eso es lo que nuestro tiempo parece no comprender, lamentablemente, porque la riqueza y el poder no son ni deberían ser buscados por sí mismos sino por el honor que los hombres tributan a quienes los poseen. Sin embargo, la riqueza y el poder sin la virtud no son nada. Un rico o un poderoso cuyos vicios son de todos conocidos sólo puede ser honrado en el reducido séquito de sus obsecuentes, cada uno de los cuales se interesa más en la cuota de poder o riqueza que a él le tocará cuando el rico o el poderoso ya no esté.

El magnánimo necesariamente tiene que ser virtuoso, porque no existe cosa más grande que la virtud, nada hay más grande que una vida llevada conforme a lo más propio del hombre, la vida conforme a la razón. Por eso, como dice Aristóteles, la magnanimidad es el ornato de todas las virtudes, pues las realza y no se da sin ellas. Y por eso resulta tan poco frecuente encontrar un magnánimo de verdad, porque la magnanimidad no es posible sin nobleza moral.

¿Cómo se puede, con todo, reconocer un magnánimo? Lo distingue un curioso detalle, nos dice Aristóteles: el magnánimo suele ser *activo*. En efecto, sabiendo dónde reside el verdadero combate, el magnánimo no libra escaramuzas en cualquier frente de batalla: no considera digno de sí a cualquier enemigo. No se expone habitualmente al peligro, aunque si lo hace se juega la vida en ello. En la épica antigua, fue sin duda Aquiles un ejemplo eminente de magnanimidad y altivez: su negativa a entrar en combates menores y su desdén hacia el resto de los aqueos era causa de continua irritación entre sus pares. La gente común suele atribuir al magnánimo un temperamento flemático o indolente, porque sólo interviene allí donde se ofrece una empresa grande. Por eso es hombre de pocos hechos, pero grandes y de renombre.

Es hombre también de antipatías y de simpatías manifiestas, odia y ama abiertamente y sin recaudos, porque ocultar los sentimientos es propio del que tiene miedo, pero no de quien valora más la verdad que la opinión.

Como es propio del magnánimo, no necesitar casi de nadie, resulta lógica su disposición a hacer beneficios antes que a recibirlos, y ésa es también una razón de su altivez. Suele molestarle si alguien le recuerda un favor que le haya sido hecho; magnánimo como es, siempre está inclinado a recordar los numerosos beneficios *por él realizados* antes que los recibidos. Y por ello los inferiores, cuando lo necesitan y acuden a él, comienzan por recordarle los favores recibidos para asegurarse su beneplácito, como los esparta-

nos hacían con los atenienses cuando los requerían en su alianza contra Tebas, o como los restantes dioses con Zeus a cada giro de sus azarosas vidas.

Su altivez le impone no ver el mal que le han hecho: es frecuente que el magnánimo olvide las ofensas y tienda a desdeñarlas, porque de los inferiores no es posible recibir mal alguno. Y así como no prodiga elogios, tampoco habla mal de sus inferiores, como no sea, en raras ocasiones, para mostrar su desprecio.

La altivez, sin embargo, no es un vicio, es más bien el precio que debe pagar el excelente en su soledad, aunque pocos puedan entenderlo, porque una cosa es altivez y otra muy distinta altanería. El altanero es insolente, y suele imitar y parodiar al magnánimo en sus gestos desdeñosos y en su trato con la gente, aunque sin la virtud que acompaña al excelente. Jamás se verá al altivo ensañarse con el débil ni burlarse de un subordinado. El altanero, en cambio, se paga de sí mismo y se regodea en su superioridad. Lo que en el magnánimo es fruto de su claridad de juicio y de su superioridad moral, en el altanero lo es de su falsa seguridad en el poder, en la riqueza y en el vano honor del mundo.

Por último, Aristóteles nos dice que el andar lento, la voz grave y el hablar reposado son propios del magnánimo. No tiene prisa, en efecto, quien por pocas cosas se afana, porque pocas cosas, como hemos dicho, son verdaderamente grandes.

Me he detenido en la descripción aristotélica del magnánimo no sólo por el deleite que el recuerdo de los clásicos provoca en nuestra alma, sino también porque tal descripción constituye una justa semblanza de la persona a quien hoy vamos a honrar aquí.

Los solemnes ceremoniales que aún se practican en España suelen concluir con una admonición y un juramento.

Toma asiento en la cátedra de la Sabiduría —se le dice al nuevo doctor— y desde ella, descollando por tu ciencia, enseña, orienta, juzga y muestra tu magnanimidad en esta universidad, en el foro y en la sociedad, comprometiéndote a guardar las leyes y el honor de nuestra universidad, y a prestarle favor, auxilio y consejo.

Mirando con ecuanimidad la vida académica del profesor Massini Correias, creo que podemos tener por cumplido este juramento.

Días atrás, cuando ya no era más nuestro secretario académico y no disfrutaba de las mieles del poder, cuando ya no recibía más la visita de todos los que de un modo u otro pasaban por su despacho para hacer simple acto de presencia, pregunté por él. Una vez más Aristóteles vino a mi memoria.

Lo encontré en un altillo del viejo rectorado, en un cuarto oscuro, frío y vacío de muebles, apenas iluminado por un velador antiguo. Estudiaba el último libro de Neil MacCormick, uno de los pensadores más influyentes de la filosofía del derecho contemporánea, recientemente fallecido. Cuando le pregunté cómo se sentía se limitó a contestarme: “Estoy estudiando. Hago lo que siempre he sabido y he querido hacer”.

Entonces recordé lo que para Aristóteles constituía el rasgo esencial del magnánimo: se comporta moderadamente respecto de la riqueza y del poder, respecto de la buena y de la mala fortuna, no sintiendo alegría excesiva en la prosperidad ni excesivo pesar en el infortunio, porque “ni siquiera respecto del honor se comporta como si fuera para él de la máxima importancia”.² He ahí un magnánimo.

² *Ibidem*, 1124^a 15-20.